



mente el texto del *Examen*. . . Después, entre mil admiraciones, se horroriza de que haga el análisis del *Cosmos* a partir de las partes tercera y segunda, en lugar de hacerlo a partir de la primera; y también olvida las razones que señala O'Gorman para ello y desconoce que cualquier método que nos haga luz sobre un texto es válido. En el caso del *Cosmos* es claro, como lo indica O'Gorman, que la primera parte presupone la segunda y tercera.

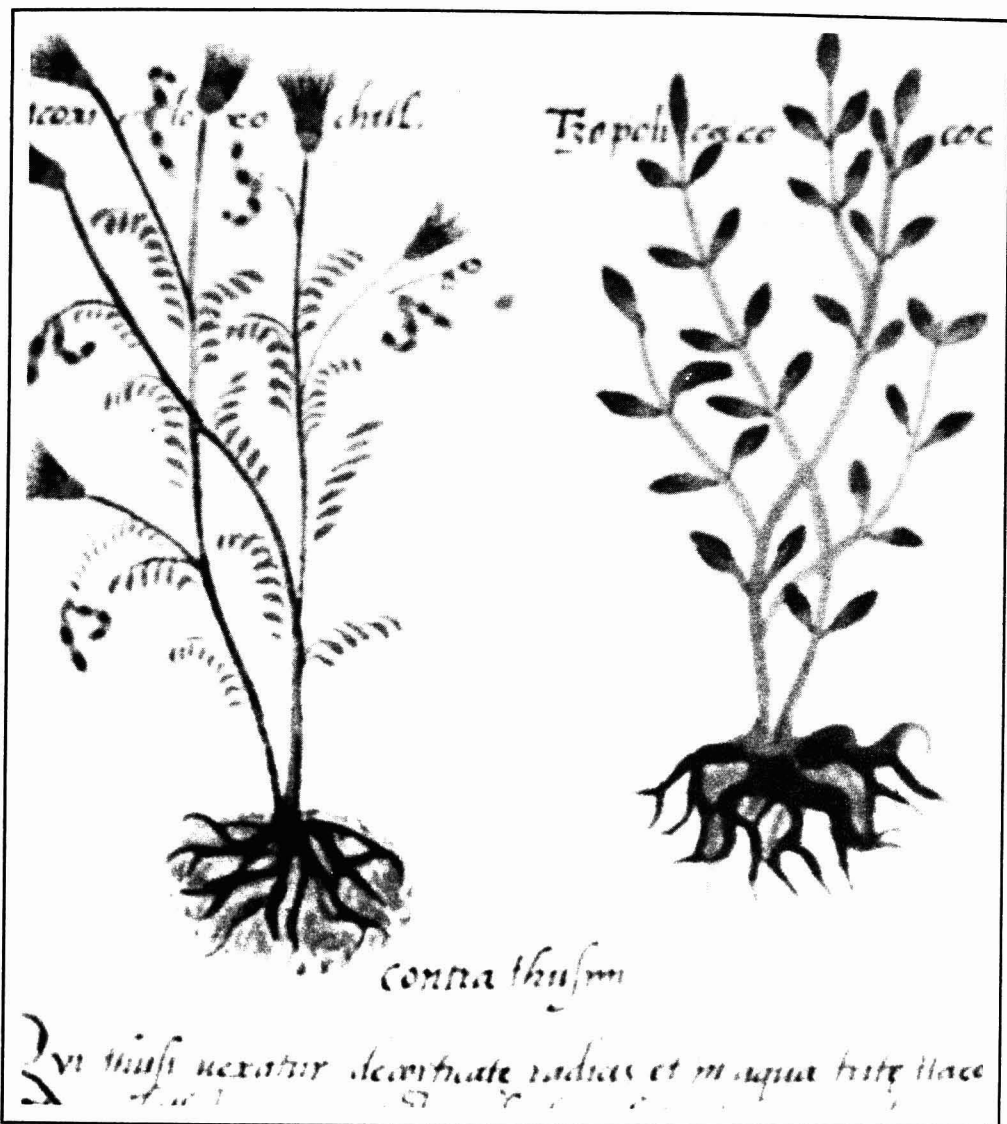
Minguet, después de afirmar que el libro de Humboldt "no tiene prácticamente estructura" se contradice para afirmar que su división es cuadripartita (p. 598) y poder continuar su exaltada diatriba: no advierte siquiera que de las cuatro partes del *Cosmos*, las dos primeras (referidas al mundo celeste y al mundo terrestre) constituyen el *Cuadro de la naturaleza*, todo él ciertamente de distinto carácter del *Reflejo del mundo exterior en la imaginación* y del *Ensayo sobre el desarrollo progresivo*.

Inconsecuencias más, inconsecuencias menos, el enojo de Minguet contra O'Gorman se centra en la afirmación de éste según la cual el Colón de Humboldt, independientemente de sus cualidades o defectos personales, de su ignorancia o sus errores, es el *descubridor* de América porque abrió la posibilidad verdadera de conocimiento del mundo transoceánico. Su empresa, pues, es de índole diversa a las exploraciones y establecimientos normandos del siglo XI, tiene sentido y funciona en el gran marco del desarrollo progresivo de la idea del Universo; y esto fue así para Humboldt por la línea general de tal desarrollo, que cambia de rumbo a partir de Colón, y porque éste tiene la posibilidad de *sentir* y hacer sentir la naturaleza tropical; y para el sabio alemán tal sentimiento está en la base de todo conocimiento verdadero. Por eso O'Gorman puede decir que el Colón de Humboldt no es el hombre de carne y hueso, sino el "instrumento teleológico" en ese desarrollo progresivo. Y Minguet monta en cólera porque para él Humboldt sí ve a Colón "como fue en realidad". Lo curioso es que aduce ahí y en otras partes, textos que más apoyan la tesis ogormiana que otra cosa:

Aunque el navegante que, a fines del siglo XV dirigía una empresa tan grande, no tuviera en absoluto la intención de descubrir una nueva parte del mundo, aunque sea indudable que Colón y Américo Vespucci hayan muerto con la persuasión de haber tocado a sólo una parte del Asia oriental, sin embargo la expedición ofrece todo el carácter de un plan científicamente concebido y cumplido. . . (Minguet 601, *Cosmos* II, 292).

O bien este otro que parece bastante explícito:

A partir de ese momento [el del descubrimiento], la inteligencia no tiene necesidad, para realizar sus grandes designios, de ser estimulada por los acontecimientos, 'se desarrollará en todas direcciones por el único efecto de la fuerza interior



que la anima' (Minguet 589, *Cosmos* II, 430-431).

O, en fin:

Cualquiera que sea el motivo, todo lo que excita al movimiento, sea error, sea previsión vaga e instintiva, sea argumentación razonada, conduce a extender la esfera de las ideas, a abrir nuevas vías para el poder de la inteligencia (*Examen*. . .)

El otro agravio que defiende Minguet es la imputación de "científico romántico" hecha por O'Gorman a Humboldt. Pero olvida que él mismo ha explicado en la primera parte de su obra todo lo de romántico que hay en el sabio prusiano. "Il est —dice— à la fois homme de sentiment et homme de raison", y agrega, al borde de la cursilería: "¿Por qué rehusarle a un enamorado de la razón las delicias funestas del sentimiento?" (p. 70).

El enojo del señor Minguet es tal que lo lleva a afirmar, sin que haya ninguna razón para ello —y con algo que huele ya francamente a mala fe—, que O'Gorman "confunde las enciclopedias con la Enciclopedia"; o a referirse siempre a nuestro historiador, en un ingenuo deseo de molestar, como "le philosophe mexicain".

Pero más allá del humor avinagrado del autor que comentamos, puede advertirse el fondo de su actitud. Por un lado, empeñado en mostrar que Humboldt es hijo legítimo de la Ilustración francesa (tesis de la

primera parte de su libro), se sintió herido en lo más íntimo por el hecho de que O'Gorman encuentre que el alemán mantiene con aquella tradición racionalista una "subterránea pero obvia polémica" (*La idea*. . . 270).

Por otro lado —y esto es lo verdaderamente fundamental— está el que, en la más estrecha cerrazón "cientificista", es incapaz de juzgar o entender a Humboldt en su propio momento histórico; destemporalizándolo, trata de convertirlo en hombre de ciencia actual. Se empeña en encontrar sus verdades como verdades de hoy. Esa postura le impide percatarse del pensamiento ogormiano que está empeñado, por su parte, en entender a Humboldt en su propio tiempo y que juzga, por tanto, sus verdades reducidas a esa vigencia temporal: para nosotros son verdades sólo en cuanto nos permiten conocer ese tiempo y ese hombre.

De hecho, O'Gorman y Minguet hablan dos idiomas distintos. Y Minguet no ha comprendido que, si había lugar a polémica, ésta debía necesariamente colocarse en el plano del fundamento de las interpretaciones en la crítica al historicismo de O'Gorman, tan sujeto a discusión académica como cualquiera otra postura del pensamiento histórico. En lugar de eso, se ha perdido y envuelto en una absurda e inconsecuente discusión de detalles, que incluso lo han llevado a actitudes francamente impertinentes o aun quizá dolosas, incompatibles con la altura que se supone en un enfrentamiento académico.